

EL PADRENUESTRO

TEMA 2:

«PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO»

RECAPITULACIÓN DEL PRIMER DÍA:

Lo que dijimos el primer día se resume en una doble afirmación: El Padrenuestro es la oración de Jesús, propia y exclusiva de él, que ha llegado a ser nuestra oración.

ORACIÓN DE JESÚS

1. Para entender qué es el Padrenuestro hay que entender:
 - a. Que Jesús es el Hijo Único de Dios
 - b. Que el Hijo de Dios es aquel que recibe eternamente y totalmente su ser de Dios como tal Hijo, coeterno y consustancial con el Padre.
 - c. Que Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, se define justamente por su relación filial con Dios. Su ser "hijo" de Dios define quién es.
2. El Padrenuestro es justamente la expresión y, si queréis, la condensación de esta relación de Jesús con Dios. Esa relación de amor filial que le constituye como Hijo desde toda la eternidad y que abraza la humanidad asumida de María Virgen.

NUESTRA ORACIÓN

1. A pesar de que es la oración de Jesús, el Padrenuestro es también nuestra porque Cristo nos ha unido a su persona y hemos llegado a ser uno con él y así, partícipes de su relación única con Dios e hijos de Dios también nosotros.
2. Cristo nos da esta oración como a sus íntimos. De hecho, solo si nos adentramos en su amistad y en su seguimiento podemos hacer su oración realmente nuestra.

Repasando lo que os dije el primer día, recordé una cita de Orígenes que os he incluido ya en los apuntes.

Hay que atreverse a decir que, de todas las Escrituras, el fruto más selecto es el de los Evangelios y de entre los Evangelios, el de Juan, cuyo sentido profundo nadie puede captar si antes no ha recostado su cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido del mismo Jesús, el nacido de María, a María como madre propia. Y es necesario que aquel que va a ser otro Juan pueda llegar a ser señalado por Jesús como si fuese él mismo Jesús, [como cuando Jesús dice de Juan a su Madre: "He ahí a tu hijo", que equivale a decir: "Este es Jesús, a quien tú has dado a luz"]¹.

Orígenes, en resumen, lo que dice es que para comprender la profundidad del misterio de Cristo transmitido por Juan, hay que adentrarse como el Apóstol en la intimidad y en la vida de Jesús.

Eso mismo quiero decir del Padrenuestro, que es la expresión de su oración, de su intimidad, de su relación única con Dios

UNA ORACIÓN QUE NO NACE DE NUESTRO CORAZÓN, SINO QUE LE DA FORMA

Puesto que el Padrenuestro es primeramente la oración de Jesús y solamente más tarde la nuestra, en la medida en que Jesús nos entrega y en la medida en que nosotros nos adentramos en su seguimiento y en su intimidad, entonces eso significa también que nuestro interior, (inteligencia, voluntad y afecto) sigue a las palabras del Padrenuestro no al revés.

Al rezar unas palabras que no nacen de tu propia espontaneidad, sino que recibes dadas de otro, de Jesús, has de hacer el esfuerzo de comprender a Dios con las palabras de Cristo, de conformar la voluntad y el afecto conforme a esas palabras.

Por tanto, el Padrenuestro nos forma: da forma a nuestro conocimiento de Dios, a nuestro corazón y a nuestros sentimientos hacia Él. El Padrenuestro nos ayuda a tener los sentimientos de Cristo, a conformar nuestra vida a la vida de Cristo.

Todo esto es, más o menos, lo que vimos el primer día. Hoy añadiremos un aspecto introductorio a la oración del Señor y ahondaremos en su invocación inicial.

¹ ORÍGENES, *Comentario sobre san Juan*, I,23, ed. CÉCILE BLANC (SC 120, Paris 1966) 70-71. El término que he traducido como "lo más selecto" es ἀπαρχή, literalmente "primicia", pero que aquí tiene el sentido de "lo más selecto", "lo mejor". Las palabras entre corchetes son una adaptación resumida del texto completo. La traducción completa de este número sería más o menos así: «Hay que atreverse a decir que, de todas las Escrituras, los Evangelios son las primicias y que, de entre los Evangelios, la primicia es el de Juan, cuyo sentido profundo nadie puede captar si antes no ha recostado su cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido del mismo Jesús, el nacido de María, a María como madre propia. Y es necesario que aquel que va a ser otro Juan pueda llegar a ser señalado por Jesús como si fuese él mismo Jesús. Si de hecho María no tiene otro hijo más que Jesús, según la doctrina de los que piensan rectamente de ella, y si a pesar de ello Jesús dice a María: "He ahí a tu Hijo" (no ya: "También este es tu hijo"), lo que equivale a decir: "Este es Jesús a quien tú has dado a luz"; y de hecho quien es perfecto "no vive más, sino que es Cristo quien vive en él"; porque en él vive Cristo, cuando se habla de él a María se dice: "He ahí a tu hijo", es decir, Cristo».

I. EL PADRENUESTRO, NORMA DE LA ORACIÓN CRISTIANA

Hay un aspecto que muchos Padres de la Iglesia destacaron de la oración dominical: el hecho de que es una norma segura para toda oración cristiana. Es decir, para saber si lo que pido a Dios es justo pedirlo, para saber si mi forma de dirigirme y relacionarme con Dios es adecuada a mi condición cristiana, no tengo más que preguntarme si mi oración se ajusta a la oración del Padrenuestro. El *Catecismo de la Iglesia Católica* introduce así unas palabras de san Agustín sobre esto:

2762 Después de haber expuesto cómo los salmos son el alimento principal de la oración cristiana y confluyen en las peticiones del Padre Nuestro, S. Agustín concluye: «Recorred todas las oraciones que hay en las Escrituras, y no creo que podáis encontrar algo que no esté incluido en la oración dominical» (ep. 130, 12, 22).

Es decir: no hay nada, entre las cosas que pedimos cuando rezamos los salmos, cuya recta comprensión no pueda incluirse en la invocación o en alguna de las siete peticiones del Padrenuestro. Si en nuestra oración hubiese algo que no pudiese incluirse en la oración del Señor, habría que considerarla como una oración ilegítima o, al menos, no propiamente cristiana. Por eso enseña Sto. Tomás de Aquino, en esta otra cita que recoge el CCE (nº 2763) :

La oración dominical es la más perfecta de las oraciones... En ella, no solo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no solo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad (Santo Tomás de Aquino, S. Th. 2-2. 83, 9).

II. «PADRE NUESTRO»

1. Ya que somos “hijos”, la liturgia nos invita a ser audaces en nuestra oración y atrevernos a dirigirnos a Dios con las palabras de la oración de Jesús, con la invocación «Padre»:

2777 En la liturgia romana, se invita a la asamblea eucarística a rezar el Padre Nuestro con una audacia filial; las liturgias orientales usan y desarrollan expresiones análogas: "Atrevernos con toda confianza", "Háznos dignos de". Ante la zarza ardiendo, se le dijo a Moisés: "No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies" (Ex 3, 5). Este umbral de la santidad divina, solo lo podía franquear Jesús, el que "después de llevar a cabo la purificación de los pecados" (Hb 1, 3), nos introduce en presencia del Padre: "Hemos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio" (Hb 2, 13): «La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo, no nos empujasen a proferir este grito: "Abbá, Padre"» (Rm 8, 15)... ¿Cuándo la debilidad de un

mortal se atrevería a llamar a Dios Padre suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto?» (San Pedro Crisólogo, *Serm.* 71).

Y en el nº 2783, el CCE recoge esta cita de san Ambrosio:

Tú, hombre, no te atrevías a levantar tu cara hacia el cielo, tú bajabas los ojos hacia la tierra, y de repente has recibido la gracia de Cristo: todos tus pecados te han sido perdonados. De siervo malo, te has convertido en buen hijo... Eleva, pues, los ojos hacia el Padre que te ha rescatado por medio de su Hijo y di: Padre nuestro... Pero no reclames ningún privilegio. No es Padre, de manera especial, más que de Cristo, mientras que a nosotros nos ha creado. Di entonces también por medio de la gracia: Padre nuestro, para merecer ser hijo suyo (San Ambrosio, *Sacr.* 5, 19).

2. Pero para decir «Padre» lo primero que debemos hacer es purificar de imágenes incorrectas de la paternidad —que hemos adquirido a partir de nuestra experiencia personal o a través de la experiencia de otros— y que están lejos de la verdadera paternidad de Dios.

N. B.: Con esto hay que tener mucho cuidado en la catequesis porque algunos niños, cada vez más, tienen una imagen y una experiencia negativa de sus padres.

Para comprender la paternidad de Dios y hacernos una idea cabal de Dios Padre hay que mirar a Jesús. Solamente él nos muestra la verdadera imagen de Dios Padre (Cf. CCE 2779). Con palabras de Ratzinger:

«En el espejo de la figura de Jesús reconocemos quién es y cómo es Dios: a través del Hijo encontramos al Padre «El que me ve a mí, ve al Padre», dice Jesús en el Cenáculo ante la petición de Felipe: «Muéstranos al Padre» (Jn 14,18 s). «Señor, muéstranos al Padre» le decimos constantemente a Jesús, y la respuesta, una y otra vez, es el Hijo: a través de ÉL, solo a través de ÉL, aprendemos a conocer al Padre. Y así resulta evidente el criterio de la verdadera paternidad. El Padrenuestro no proyecta una imagen humana en Dios, sino que nos lo muestra desde Jesús»².

3. El don gratuito de haber sido hechos hijos de Dios y de poder entrar en relación con él y llamarle «Padre» y llamárselo de verdad, como verdaderos hijos, implica también un esfuerzo moral por conformarnos como tales hijos, a semejanza del Hijo Único.

2784 Este don gratuito de la adopción exige por nuestra parte una conversión continua y una vida nueva. Orar a nuestro Padre debe desarrollar en nosotros dos disposiciones fundamentales:

² JOSEPH RATZINGER, *Jesús de Nazaret* (La Esfera de los Libros, Madrid 2007) 171.

El deseo y la voluntad de asemejarnos a él. Creados a su imagen, la semejanza se nos ha dado por gracia y tenemos que responder a ella. «Es necesario acordarnos, cuando llamemos a Dios “Padre nuestro”, de que debemos comportarnos como hijos de Dios» (San Cipriano, *Dom. orat.* 11). «No podéis llamar Padre vuestro al Dios de toda bondad si mantenéis un corazón cruel e inhumano; porque en este caso ya no tenéis en vosotros la señal de la bondad del Padre celestial» (San Juan Crisóstomo, *Hom. in Mt 7, 14*). «Es necesario contemplar continuamente la belleza del Padre e impregnar de ella nuestra alma» (San Gregorio de Nisa, *Ora. dom.* 2).

Sobre esta implicación moral de nuestra invocación de Dios como Padre, dice Ratzinger:

«Así la filiación se convierte en un concepto dinámico: aún no somos plenamente hijos de Dios, sino que hemos de llegar a serlo más y más mediante nuestra comunión cada vez más profunda con Cristo. Ser hijos equivale a seguir a Jesús. La palabra Padre aplicada a Dios comporta un llamamiento para nosotros: a vivir como «hijo» e «hija». «Todo lo mío es tuyo», dice Jesús al Padre en la oración sacerdotal (Jn 17,10), y lo mismo le dice el padre al hermano mayor en la parábola del hijo pródigo (Cf. Lc 15,31). La palabra «Padre» nos invita a vivir siendo conscientes de esto. Así se supera también el afán de falsa emancipación que había al comienzo de la historia del pecado de la humanidad. Adán, en efecto, ante las palabras de la serpiente, quería él mismo ser dios y no necesitar más de Dios. Es evidente que «ser hijo» no significa dependencia, sino permanecer en esa relación de amor que sustenta la existencia humana y le da sentido de grandeza»³.

III. «PADRE NUESTRO»

1. La primera cosa que se nos enseña cuando decimos «nuestro» es que rezamos no como islas, sino como miembros de un Pueblo, el Pueblo de Dios, aun cuando estemos en la soledad de nuestra habitación. Rezamos como lo que somos y como lo que nos define, como miembros de una comunión, miembros de un Cuerpo, de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo.

Él se pone al frente de nuestra oración y de ahí le viene a nuestra oración su mayor eficacia: Cristo es el que se pone al frente de sus discípulos, de su Iglesia, de nuestra súplica.

³ JOSEPH RATZINGER, *Jesús de Nazaret* (La Esfera de los Libros, Madrid 2007) 172-173

Y es él, como Hijo Eterno, como Hijo Amado, quien se presenta con ella ante el Padre. Nosotros nos presentamos unidos a él.

El cristiano no es una isla. Aunque se encuentre solo, en la cárcel, en el desierto o en el lecho de muerte, el cristiano es una persona en comunión y reza siempre como miembro de esa comunión. Por eso el Señor nos enseñó a decir «Padre *nuestro*». Cuando un cristiano se dirige a Dios, le acompaña Cristo y todos los santos. Esto es una cosa grandiosa. Ratzinger dice sobre esto:

«Solo Jesús podía decir con pleno derecho "Padre mío", porque realmente solo Él es el Hijo unigénito de Dios, de la misma sustancia del Padre. En cambio, todos nosotros tenemos que decir: "Padre nuestro". Solo en el "nosotros" de los discípulos podemos llamar "Padre" a Dios, pues solo en la comunión con Cristo Jesús nos convertimos verdaderamente en "hijos de Dios". Así la palabra "nuestro" resulta muy exigente: nos exige salir del recinto cerrado de nuestro "yo". Nos exige entrar en la comunidad de los demás hijos de Dios. Nos exige abandonar lo meramente propio, lo que nos separa. Nos exige aceptar al otro, a los otros, abrirles nuestros oídos y nuestro corazón. Con la palabra "nosotros" decimos "sí" a la Iglesia viva, en la que el Señor quiso reunir a su nueva familia. Así el Padrenuestro es una oración muy personal y a mismo tiempo plenamente eclesial. Al rezar el Padrenuestro rezamos con todo nuestro corazón, pero a la vez en comunión con toda la familia de Dios, con los vivos y con los difuntos, con personas de toda condición, cultura o raza. El Padrenuestro nos convierte en una familia más allá de todo límite»⁴.

Traemos aquí unas palabras de san Juan Crisóstomo que cita el CCE (nº 2768):

«El Señor nos enseña a orar en común por todos nuestros hermanos. Porque él no dice "Padre mío" que estás en el cielo, sino "Padre nuestro", a fin de que nuestra oración sea de una sola alma para todo el Cuerpo de la Iglesia» (San Juan Crisóstomo, *Hom. in Mt.* 19, 4).

Y también dice el Catecismo:

2790 Gramaticalmente, "nuestro" califica una realidad común a varios. No hay más que un solo Dios y es reconocido Padre por aquellos que, por la fe en su Hijo único, han renacido de Él por el agua y por el Espíritu (Cf. 1 Jn 5, 1; Jn 3, 5). La Iglesia es esta nueva comunión de Dios y de los hombres: unida con el Hijo único hecho "el primogénito de una multitud de hermanos" (Rm 8, 29) se encuentra en comunión con un solo y mismo Padre, en un solo y mismo Espíritu (Cf. Ef 4, 4-6). Al decir Padre "nuestro", la oración de cada bautizado se hace en esta comunión: "La multitud de creyentes no tenía más que un solo corazón y una sola alma" (Hch 4, 32).

⁴ JOSEPH RATZINGER, *Jesús de Nazaret* (La Esfera de los Libros, Madrid 2007) 175-176

PATER NOSTER

2. «Nuestro», no es una forma exclusiva de posesión, sino la expresión de una relación de cercanía totalmente nueva:

2786 Padre "Nuestro" se refiere a Dios. Este adjetivo, por nuestra parte, no expresa una posesión, sino una relación totalmente nueva con Dios.

Dios nos mira como a sus hijos. Por eso en la celebración bautismal muchas veces leemos el bautismo de Jesús y entendemos que las palabras que Dios deja oír desde el cielo, «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco» (Mt 3,17), aunque las dice por su Hijo eterno hecho hombre, nos afectan a nosotros, nos incluyen a cada uno de los que participamos por la fe y el Bautismo del mismo Cristo.

3. El decir «nuestro» nos empuja a salir de nuestro individualismo:

2792 Por último, si recitamos en verdad el "Padre Nuestro", salimos del individualismo, porque de él nos libera el Amor que recibimos. El adjetivo "nuestro" al comienzo de la Oración del Señor, así como el "nosotros" de las cuatro últimas peticiones no es exclusivo de nadie. Para que se diga en verdad (Cf. Mt 5, 23-24; 6, 14-16), debemos superar nuestras divisiones y los conflictos entre nosotros.

2793 Los bautizados no pueden rezar al Padre "nuestro" sin llevar con ellos ante Él todos aquellos por los que el Padre ha entregado a su Hijo amado. El amor de Dios no tiene fronteras, nuestra oración tampoco debe tenerla (Cf. NA 5). Orar a "nuestro" Padre nos abre a dimensiones de su Amor manifestado en Cristo: orar con todos los hombres y por todos los que no le conocen aún para que "estén reunidos en la unidad" (Jn 11, 52). Esta solicitud divina por todos los hombres y por toda la creación ha animado a todos los grandes orantes.

IV. «QUE ESTÁS EN EL CIELO»

1. El cielo designa fundamentalmente la majestad de Dios, su santidad, más allá de todo lo que nosotros podemos imaginar.

El Dios *del cielo* no es un dios de este mundo que pueda confundirse con nada de lo que aquí experimentamos, que pueda confundirse con nadie de los que nos cruzamos en la vida, ni con ningún estado de vida que el hombre pueda alcanzar en este mundo.

El Dios del cielo designa al Dios verdadero, el Creador de todo, que está por encima de todo. Al invocarlo como Padre, estamos diciendo que nuestro verdadero Padre es Aquel que no es comparable con nada. Aquel cuya grandeza, cuya majestad, cuya santidad, cuyo amor es realmente mayor que todo, mayor que el Universo entero, mayor que todo lo que podamos imaginar, siempre más, siempre mayor. ¡Ese «siempre mayor» («*Deus sempre maior*») es nuestro Dios y nuestro Padre!

Esto es como cuando un niño se siente orgulloso y protegido porque su padre no es cualquiera. Nosotros no tenemos un dios cualquiera, sino el *Dios siempre mayor*, el único que merece el nombre de Dios. Y es nuestro Padre.

No es de extrañar que una de las invitaciones que el Misal romano ofrece al celebrante para introducir la oración del Padrenuestro diga: «Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó: Padre...».

La idea de lo más grande se une a la idea de los más íntimo: “el cielo” designa lo más grande, lo más bello, lo más alto...; “Padre” habla de quien está cerca, de quien nos ha engendrado. Pues bien, nuestro Padre, aquel que explica nuestro ser y nos sostiene, aquel que asegura nuestro camino y nuestra vida es el *Dios siempre mayor*, el Dios del Cielo.

2. La invocación de Dios como «Padre nuestro que estás en el cielo» también nos remite al camino en el que nos encontramos: vivimos en camino, no estamos en casa, aún debemos andar, incluso correr. Quien es nuestra meta se ha acercado a nosotros en su Hijo y nos ayuda con su misericordia y con los dones de su gracia. Nos empuja o tira de nosotros cuando estamos cansados; se aleja para que no confundamos el camino con la casa, para excitar nuestro deseo de llegar. Y con su resurrección en carne nos enseña la verdadera meta y la verdadera casa que nos espera: «Me voy a preparaos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros» (Jn 14,2-3). Cristo va al Padre, él es su “casa” y es también la nuestra. Sí, nuestro Padre está en el cielo y él es nuestra morada:

2795 El símbolo del cielo nos remite al misterio de la Alianza que vivimos cuando oramos al Padre. Él está en el cielo, es su morada, la Casa del Padre es por tanto nuestra "patria". De la patria de la Alianza el pecado nos ha desterrado (Cf. Gn 3) y hacia el Padre, hacia el cielo, la conversión del corazón nos hace volver (Cf. Jr 3, 19-4, 1a; Lc 15, 18. 21). En Cristo se han reconciliado el cielo y la tierra (Cf. Is 45, 8; Sal 85, 12), porque el Hijo "ha bajado del cielo", solo, y nos hace subir allí con él, por medio de su Cruz, su Resurrección y su Ascensión (Cf. Jn 12, 32; 14, 2-3; 16, 28; 20, 17; Ef 4, 9-10; Hb 1, 3; 2, 13).

PATER NOSTER

2796 Cuando la Iglesia ora diciendo "Padre nuestro que estás en el cielo", profesa que somos el Pueblo de Dios "sentado en el cielo, en Cristo Jesús" (Ef 2, 6), "ocultos con Cristo en Dios" (Col 3, 3), y, al mismo tiempo, "gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celestial" (2 Co 5, 2; Cf. Flp 3, 20; Hb 13, 14): «Los cristianos están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo» (*Epístola a Diogneto* 5, 8-9).